

El viento arrastraba las hojas caídas. Las calles estaban desiertas. El sol se escondía en el horizonte. En un edificio, una ventana se abría. Una joven muchacha, hermosa como las estrellas, pero fría y distante como la luna, se apoyaba en su alféizar. Observaba una rosa roja que crecía al final de su jardín. Se mecía suavemente con el viento, y parecía alicaída. La muchacha, de nombre Auri, lo sentía. Se identificaba con la flor que nunca podría tocar. Un suspiro escapó de su boca. Una lágrima surcó su rostro. De pronto, unas manos le abrazaron por detrás. Unos labios rozaron su mandíbula. Unos ojos negros como el azabache, buscaron los suyos, azules como el mar en un día soleado. Quizás alguien pudiera pensar que era un gesto de afecto normal en una pareja apasionada. Pero aquellos ojos cobalto rehuían a los otros. Las manos apretaban demasiado las costillas, en un gesto posesivo. El rostro del hombre era fiero, y el de Auri, temeroso y angustiado. Le costaba respirar, y quería gritar, pero no podía. Si no, sería peor. Se había convertido en rutina. Una rutina muy desagradable. El hombre, Adam, la empujó dentro de la habitación, y la tiró encima de la cama. Auri cerró los ojos. Deseó que esta vez fuera rápido. Sin embargo, después de unos segundos de terrible espera, no ocurrió nada. Alzó lentamente la vista, y separó las manos de la cara, donde inconscientemente las había colocado, para protegerse. Adam estaba plantado a los pies de la cama, con la boca ligeramente abierta y los ojos clavados en la puerta del dormitorio. De pronto, se desentumeció y se puso la camisa y los pantalones que antes se había quitado. La camisa quedó mal abrochada, y los pantalones estaban muy arrugados. Su aliento olía a alcohol, como siempre. Estaba despeinado, desaliñado y sucio. Salió de la habitación dando un portazo. Auri sabía que iba a beber. Lo conocía demasiado bien. Se quedó tumbada unos minutos para serenarse. Con la mirada fija en la pared, pensó en lo que llevaba dando vueltas tanto tiempo. Antes de que empezara ese infierno, tenía claro que sería fácil hacerlo. Que no dudaría. Pero claro, ahora todo

era diferente. No tenía ningún lugar al que ir, todo el mundo le había dado la espalda. También tenía miedo de lo que Adam pudiera hacerle si se enteraba. Siempre le prometían protección, pero ella sabía que no era verdad. ¿Qué pasaba con todas esas chicas asesinadas por violencia machista que veía en la televisión cuando Adam se iba? Sin duda se la habían prometido, pero así habían acabado. Odiaba pensar que algún día, Auri sería como ellas.

Si hubiera podido hacer algo para evitarlo, antes, sin duda lo habría hecho. Pero ni siquiera se había dado cuenta de cómo había ocurrido, simplemente lo había dejado suceder poco a poco. Su familia le había advertido, vaya que si lo había hecho. Y ella les había ignorado, vaya si lo había hecho.

Suspiró. Una parte de su mente le decía que denunciara, que eso obviamente sería lo mejor. Conseguiría volver a sentir el aire correr a través de su ropa, el sol calentar su piel. Sentir la hierba entre sus dedos. Volver a abrazar a alguien, volver a reír. Pero, ¿cómo hacerlo? Sabía que probablemente Adam hubiera dejado la puerta sin candar, él mismo sabía que Auri no saldría. Pero ella, obviamente, tenía miedo. No era muy difícil pensar en salir, pero otra cosa muy distinta era llevarlo a cabo. Todo por el miedo. Era curioso. El miedo la paralizaba, la bloqueaba completamente. Pero cuando pensaba en él como algo distante, sentía que sería capaz de afrontarlo cuando llegara el momento. Sentía cuando Él estaba cerca. Notaba una especie de frío intenso en las puntas de los dedos. Y subía, mientras se iba acercando. Cuando eso ocurría, la sensación de valentía desaparecía, dejando lugar al miedo. Y entonces, se daba por vencida. No luchaba contra Él. Dejaba que la recorriera, y la llenara.

Sacudió la cabeza mientras intentaba retener una lágrima. Sus ojos toparon con un armario de la habitación. Se acercó a él, y abrió un compartimento con una pequeña

llave que colgaba de una cadena en su cuello. De ahí, con el cuidado que una madre da a un hijo, sacó una pequeña guitarra, y se la llevó al pecho, abrazándola. Volvió a la cama. Colocó sus dedos sobre los trastes de su instrumento. Dedo uno, quinta cuerda, traste dos; dedo dos, sexta cuerda, traste tres; dedo tres, primera cuerda, traste tres. Tocó un acorde de *Sol*, escuchando atentamente el sonido que producían las cuerdas. Apretó un poco la clavija de la quinta cuerda, y tocó un acorde de *La*. Dedo uno, cuarta cuerda, segundo traste; dedo dos tercera cuerda, segundo traste; dedo tres, segunda cuerda, segundo traste. Esta vez, sonrió ligeramente, satisfecha. Su guitarra estaba afinada. Podía empezar a tocar. Al principio, los dedos se movieron lentamente sobre las cuerdas, produciendo una canción melancólica. Ella la llamaba “Mangas verdes”. Pero, en seguida sus manos cogieron velocidad, y empezaron a tocar una canción rápida y alegre, “Mariposas”. Y para cuando la guitarra produjo el último desgarrador acorde, su corazón se había llenado de valentía. Sabía lo que tenía que hacer. Muy lentamente, se acercó a la puerta de su habitación, y la traspasó. Un escalofrío le recorrió el cuerpo mientras caminaba por el largo pasillo. A su derecha, el salón, y a su izquierda la cocina. A partir de ahí, todo le parecía irreconocible. Hacía mucho tiempo que no vagaba por esa parte de la casa. De pronto, paró en seco, y bajó la mirada hasta su mano, que se había colocado en el pomo de la puerta. Sus dedos rozaron el metal, dudando. Y entonces, empujó y dio un paso adelante. Sus pies descalzos sintieron la hierba. La luna y las estrellas iluminaron su camino. Sintió el viento en su piel. Escuchó los animales nocturnos. Maravillada, dio un paso y luego otro. Y se dejó caer junto a la rosa roja que observaba todos los días desde su ventana. La flor que nunca podría tocar. Por primera vez en mucho tiempo, sonrió.